

años lleva ya aprendiendo frances, música y dibujo..... ¿Cuánto importa?.....

—¿Qué se yo?

—Ponle lo ménos, veinticuatro mil reales; ya hemos dicho que en dos meses lo olvidará todo, porque se aprende muy despacio y se olvida muy deprisa..... Pues bien; por ahorrarte esos miserables cuarenta y ocho duros, perderás los veinticuatro mil que *llevamos* gastados en que aprenda música, dibujo y frances. Esto salta á la vista, y eso es tirar el dinero por la ventana sin *fuste ni muste*.

Nada tuvo que contestar á cuenta tan precisa y tan terminante el macizo padre de la futura duquesa; pues aunque, en efecto, el terrible albañil no habia inventado la pólvora, la cuenta de su mujer era inflexible y su argumento no tenía vuelta de hoja. Es verdad tambien que el mal negocio empezaba desde el momento en que metieron á Magdalena en los trotes de ser un dia ú otro gran señora, poniéndole maestros de música, de frances y de dibujo, como á la heredera de una buena fortuna, cuando en rigor no era más que la pobre hija de un pobre hombre;

pero no se pierden así como se quiera veinticuatro mil reales de una mano á otra, ni un padre, por humilde que sea, renuncia fácilmente á ver más tarde ó más temprano á la hija de sus entrañas brillar en el mundo.

Juana habia pronosticado repetidas veces que la niña haría un gran papel en la sociedad, que se la disputarian los más opulentos personajes, y eche V. por donde quiera..... al maestro de obras se le habia metido esto en la cabeza á mazo, como se mete un clavo en la pared, y veía más cerca ó más léjos á la hermosa niña resplandecer en una alta posicion, si no acomodada á su honesto y humilde origen, digna sin duda ninguna de su belleza y de sus talentos.

No teniendo nada que contestar á las últimas palabras de su mujer, se levantó bruscamente de la silla, y comenzó á pasearse de un extremo á otro del pequeño gabinete.

Aquello era levantar el campo y disponerse á emprender la retirada; mas, sea que la necesidad lo apremiára demasiado, ó que en medio de todo brillára en su cabeza un destello de buen sentido, es el caso que parán-

dose delante de su mujer, que aunque victoriosa no abusaba de su triunfo, dijo:

—Me parece á mí que no es de cajón que por fuerza, para que Magdalena sea con el tiempo una señorita hecha y derecha, haya de saber música como un maestro de capilla, dibujo como un arquitecto y frances como el mismo que inventó tan revesada lengua.

—Y entónces, replicó Juana, ¿por qué no hay señorita un poco empinada que no aprenda dibujo, música, frances y otras muchas cosas que necesitan las mujeres para hacer figura en el mundo?..... ¿Dónde has visto tú una que no sepa cantar como un jilguero ó tocar como un ciego..... y eso que todos los ciegos no saben tocar..... y pintar como el más pintado, y hablar en frances como un papagayo? Si fuera coser, zurcir, planchar..... eso ya es otra cosa.

El marido, abrumado por la elocuencia de Juana y vencido por el amor á su hija, se resistió aún diciendo:

—La música..... bien..... porque es un encanto cómo toca ya la muchacha, y parece que sus dedillos de ángel le hacen hablar

á las teclas..... El dibujo..... pase..... porque en verdad, hace diabluras con el lápiz, y pinta unas rosas que ni el mismo Mayo..... Pero dime, ¿para qué necesita el *franchute* sabiendo hablar, gracias á Dios, en cristiano?

—Buen papel haria, contestó Juana, entre las gentes de rango si no supiera hablar en *monsieu*..... ¿Te parece á tí que la entenderian?..... Además, ¿quién te ha dicho que no hay en el mundo un grande de España, frances..... que le éntre por el ojo derecho y haga su suerte?..... Dime tú, ¿qué sería de la pobre chica si no aprendiera á hablar en *gringo*?

—Con un *franchute*, exclamó el maestro de obras, hirviendo en su corazón toda la sangre del *Dos de Mayo*, no la casaría yo nunca, aunque el *franchute* fuera grande de España.

—Quien dice eso, dice otra cosa, replicó Juana; y el caso es que debe saber frances si quieres que pueda vivir en el mundo y las gentes la entiendan.

En esto entró Magdalena saltando con

graciosa desenvoltura; *tarareaba* con su voz de ángel un precioso estudio de Bettini con una precision y un instinto músico asombroso; llevaba en la mano un papel, sobre el cual campeaban las líneas de un paisaje, animadas por los toques de un lápiz ingenuo, debajo del que brotaban árboles que daban sombra y aguas que corrían.

La niña puso en las manos de su padre el dibujo sin dejar de cantar..... Despues..... pronunciando la palabra del mismo modo que voy á escribirla, dijo, mirando al autor de sus dias :

—¿*Trevié?*.....

Todavía no estaba muy fuerte en el frances, y habia querido preguntarle á su padre..... ¿*qué tal?*

La presencia de la niña, su voz melodiosa, su precioso dibujo, su palabra, digámoslo así, en frances, todo aquello junto fué el argumento definitivo, la última suprema razon de Juana, su último cartucho, fué lo que en un congreso llamariamos la votacion.

Las economías proyectadas por el maes-

tro de obras quedaron *ipso facto* desechadas, y en vez de enjugar la deuda, cambió de propósito, combinando la manera de levantar nuevos empréstitos en que ahogar su crédito.

En el cuadro de esta familia, que ligeramente he intentado bosquejar, solia aparecer una figura que nunca pasaba del segundo término, quedando medio oculta en las sombras del fondo.

Semejante á un gato salvaje, miraba siempre receloso las puertas entreabiertas sin atreverse á entrar..... y más bien que andaba, se escurria por las habitaciones silencioso y astuto, como si temiera verse sorprendido.

Muchas veces sus ojos hundidos y redondos se fijaban en Magdalena con singular pertinacia, y la niña, no pudiendo soportar la impresion que le causaba aquella mirada incisiva, apartaba los ojos asustada.

Este sér, que vagaba por la casa en las horas en que estaba en ella, como un murciélago al oscurecer, era el hijo de Juana, á quien el padre de Magdalena no habia hecho jamas una caricia, bien porque no fuera de

condicion muy dulce, bien porque á su naturaleza franca y leal le repugnára, sin saber por qué, aquel muchacho medio raquíptico, movable y sombrío, que nunca miraba de frente y que siempre andaba de puntillas.

Juana lo habia metido en el taller en que trabajó por última vez el pobre ebanista, y allí lo tenian, cuando iba, más por la memoria del padre que por las obras del hijo.

Por lo demas, reinaba en la casa un profundo sosiego sólo interrumpido por las alegres risas de Magdalena y por sus dulces cantos, que el maestro de obras solia oír con regocijo, Juana con atenta sonrisa, y el muchacho oculto detras de la puerta con muda impaciencia royéndose las uñas ó mordiéndose los labios.

Si su madre, que siempre lo estaba espian-do, llegaba á sorprenderlo, el muchacho hacia una mueca horrible, yendo á encerrarse en el pequeño cuarto que le servia de dormitorio.

Juana movia la cabeza amenazándole en silencio, y en más de una ocasion se dijo á sí misma entre dientes :

— Este demonio de chico tiene envidia de su hermana..... Pícaro, aborrece á Magdalena.

Magdalena tambien sabía esto, pero lo guardaba en el fondo de su corazon, como si quisiera ocultárselo á sí misma.

El único que ignoraba en la casa este ódio naciente, era el maestro de obras..... y no podia ocurrírsele ni sospecharlo, porque, ¿quién habia de aborrecer á su inocente hija, á su hermosa Magdalena?

No lo sabía, ni nunca lo supo.